

COLOMBIA – ESTADOS UNIDOS Y LOS CAMBIOS POLÍTICOS EN LA REGIÓN: UNA APROXIMACIÓN*

Roberto González Arana, Horacio Godoy

ROBERTO GONZÁLEZ ARANA

PH.D EN HISTORIA DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS DE RUSIA.
COORDINADOR DEL GRUPO AGENDA INTERNACIONAL DE LA
UNIVERSIDAD DEL NORTE, BARRANQUILLA (COLOMBIA) Y PROFESOR
DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA DE LA MISMA INSTITUCIÓN.
rogonzal@uninorte.edu.co

HORACIO GODOY

PH. D (C) EN CIENCIA POLÍTICA, FLORIDA INTERNACIONAL UNIVERSITY.
INVESTIGADOR DEL GRUPO AGENDA INTERNACIONAL, PROFESOR DEL
PROGRAMA DE RELACIONES INTERNACIONALES, UNIVERSIDAD DEL
NORTE, BARRANQUILLA (COLOMBIA).
hgodoy@uninorte.edu.co

Dirección: Universidad del Norte, Departamento de Historia,
Km 5 vía a Puerto Colombia, A.A. 1569, Barranquilla (Colombia)

* Este trabajo hace parte del proyecto de investigación *Cambios políticos en la región andina*, que adelanta el grupo Agenda Internacional.

RESUMEN

Este trabajo se propone analizar la dinámica actual de las relaciones entre Colombia y los Estados Unidos, las negociaciones de cara al Tratado de Libre Comercio y la influencia del conflicto colombiano en el tipo de relaciones políticas y económicas bilaterales. Los recientes cambios políticos en la región afectan no sólo las relaciones bilaterales entre Colombia y sus vecinos sino también tienen una incidencia en las relaciones con los Estados Unidos. Para ello, se evalúan las particularidades de la política de Seguridad Democrática y el estado de las relaciones entre Colombia y Estados Unidos durante la administración del presidente Álvaro Uribe.

PALABRAS CLAVE: Seguridad democrática, conflicto armado, política exterior, cambios políticos regionales, integración andina, política antidrogas.

ABSTRACT

This paper analyses current dynamics of the relationship between Colombia and the United States. The Free Trade Agreement negotiations, the armed conflict in Colombia and the Plan Colombia have been central issues in bilateral relations. Recent political changes in the region promise to affect not only Colombia's bilateral relations with its neighbors, but have an effect on U.S. – Colombian relations. The paper evaluates the particularities of president Uribe's Democratic Security policy, and the state of U.S. – Colombia relations during the Uribe administration.

KEY WORDS: *Seguridad democrática, conflicto armado, política exterior, cambios políticos regionales, integración andina, política antidrogas.*

METODOLOGÍA

Este trabajo se propone superar el análisis simplista, mediático, del tema para centrarse en una visión más estructural. Se examinará someramente el carácter de las relaciones económicas, comerciales y de seguridad en la región andina, y las tensiones y alteraciones producidas por los cambios políticos recientes para evaluar su posible desarrollo en el futuro más próximo.

La construcción de escenarios conceptuales alternativos se basa en la evaluación de opciones para la acción que puedan plantearse a partir de las nuevas realidades en cada Estado. Como herramienta, la construcción de escenarios permite hacer visible la interrelación compleja de variables.

ANTECEDENTES

Históricamente, las relaciones entre Colombia y los Estados Unidos han demarcado las orientaciones de la política internacional colombiana. Desde los tiempos del *Respice Polum* hasta la Guerra preventiva contra el terrorismo inspirada en George W. Bush observamos cómo nuestro país se impuso como meta modernizar su economía, a costa de unas relaciones políticas y económicas estables con Washington. Como lo anota acertadamente Pierre Gilhodes (2002), las relaciones con los Estados Unidos son “el centro de la política exterior colombiana” por ser este país nuestro primer socio comercial, unido a Colombia por vínculos y acuerdos bilaterales comerciales, militares, de policía, justicia y multilaterales. No es el objeto de este trabajo entrar a profundizar en cómo han sido estos vínculos a lo largo del tiempo, pero si en cambio analizar cómo, en las actuales circunstancias, a Colombia le está costando un alto precio la cercana relación entre la administración del presidente Álvaro Uribe y el gobierno de George Bush. Luego del triunfo demócrata en el Congreso norteamericano en el 2006, este partido le está cobrando a Uribe su incondicionalidad con el presidente

Bush¹. Los hechos recientes del congelamiento del TLC entre Estados Unidos y Colombia, así como el condicionamiento para la prolongación de las ayudas del Plan Colombia lo demuestran. De otra parte, el panorama para Colombia es diferente a partir de los cambios políticos en la región andina, luego del viraje hacia la izquierda por parte del vecindario. Tal es la preocupación que muchos analistas, desde diversas esferas, han manifestado su inquietud por el ascenso de la izquierda a la región (Castañeda, 2006).

Un tema complejo para añadir es el conflicto armado interno en Colombia pues no cabe duda este es un problema que hace mucho tiempo ha traspasado las fronteras del país. Como los señalan algunos autores, el conflicto colombiano se ha internacionalizado cada vez más, al punto que se ha dado “un desdibujamiento de las fronteras existentes entre la política doméstica y la internacional” (Ardila, Cardona & Tickner, 2002). Hoy existe consenso en que los grupos considerados terroristas son una gran amenaza mundial y, según el gobierno de los Estados Unidos, en Colombia se ubican tres de ellos. Por tanto, la seguridad para los ciudadanos extranjeros, los riesgos para la inversión extranjera directa —en un país que cambia frecuentemente las condiciones a los inversionistas—, la degradación del conflicto, las acciones que violan los principios del Derecho Internacional Humanitario y el narcotráfico, son aspectos que requieren la atención constante de la comunidad internacional, máxime cuando el gobierno del presidente Álvaro Uribe busca el apoyo en Europa, Asia y los Estados Unidos para la llamada Fase II del Plan Colombia, la cual costaría al menos 15 mil millones de dólares. Para el caso de Francia y su nuevo gobierno, ya se han escuchado voces sobre el caso de Ingrid Betancourt, el cual es una prioridad para la administración Sarkozy. A la persistencia de la tesis del gobierno colombiano del rescate violento a los secuestrados, se

¹ Según Socorro Ramírez, la diplomacia colombiana estuvo “hipotecada” a las directrices de Washington y este fue el precio impuesto para el logro de su agenda de paz, que incluía el Plan Colombia y una generosa ayuda militar.

antepone la de una salida concertada y un intercambio humanitario. Se diría que la llamada “securitización” de la agenda política ha permeado todas las esferas del gobierno de Uribe, lo cual pone en jaque a los gobiernos del área.

Si bien tradicionalmente la región andina no ha sido una prioridad de la agenda exterior de los Estados Unidos, su importancia estratégica ha variado en los últimos años. Hay varios factores que le imprimen una nueva dinámica a esta relación, entre ellos, “las cuestiones estructurales de autonomía energética y acceso al crudo, en un contexto de alza de precios, debilidad del mercado y aumento de la demanda” (Bonilla & Páez, 2006). Dicho de otra forma, hoy día las relaciones de Washington con Venezuela, Bolivia y Ecuador (un tanto menos con Colombia y Perú) “se encuentran ahora cruzadas, de una u otra forma, por el tema petrolero, aunado al de sus intereses de seguridad (Bonilla & Páez, 2006). Un factor de suma importancia para los Estados Unidos es lograr que la región andina participe activamente en su lucha contra el narcotráfico. Para ello ha concedido prerrogativas arancelarias a los países del área a través del Tratado de Preferencias Arancelarias Andinas.

Es tal la preocupación creciente por Colombia y por la región —justamente desde que Venezuela es gobernada por Hugo Chávez— que la administración del presidente George Bush ha emprendido dos giras por América Latina (en la última de las cuales visitó a Brasil, Uruguay, Colombia, México y Guatemala en marzo de 2007), con el propósito de hacer evidente su respaldo a estos países, y demostrar su creciente influencia en la zona, explorando posibilidades en materia de cooperación energética o libre comercio. Washington, incluso, ha liderado la búsqueda de un mecanismo regional de países para intervenir en los casos en que se consideren amenazadas las democracias, planteada desde la reunión de la OEA en Guatemala —año 2002— iniciativa que intentaba propiciar una eventual intervención internacional en el conflicto colombiano, o convertirse en pretexto para intervenir en Venezuela u otro país. En este mismo sentido, el gobierno colombiano, en asocio con los Estados Unidos, ha intentado sensibilizar a las naciones de

la región sobre la necesidad de participar al lado de nuestro país en una solución al conflicto, o de un respaldo a las políticas del presidente Álvaro Uribe, (Vargas, 2003). Es importante señalar que las opiniones que se tienen en los Estados Unidos sobre la importancia de América Latina son muy disímiles, pues las hay desde quienes consideran que esta zona tiene una “irrelevancia creciente” para Washington; otros, en cambio, aseveran que ella representa una región con unos “valores compartidos” del hemisferio occidental, ante lo cual resulta atractivo cooperar y, finalmente, la tesis de que la región es percibida como una pieza estratégica para la dominación política de Estados Unidos en América Latina. Diríamos que esta última tesis tiene gran vigencia en la medida en que hoy América Latina es la segunda zona que recibe mayor ayuda militar norteamericana (después de Irak) y ello tiene que ver con las “fronteras turbulentas” de la región.

¿REGIÓN TURBULENDA?

Como ya señalamos, en los últimos años, se han producido importantes cambios políticos en la totalidad de los países de la zona andina, lo cual ha estimulado el debate sobre si ha llegado o no a la región una ola de regímenes neopopulistas (Posada, 2007), o si asistimos al ascenso de una nueva izquierda al poder en América Latina (Rodríguez et al., 2006). En Perú, retornó al poder el partido APRA, que representa al centro-izquierda histórico en ese país y la presencia de Ollanta Humala como candidato del partido nacionalista. En Bolivia, llegó al poder Evo Morales, quien se propone representar los intereses de la mayoría indígena, históricamente discriminada. Este mandatario ha emprendido una reforma sustantiva en los contratos del gas con las empresas extranjeras y ha establecido una alianza con el presidente de Venezuela Hugo Chávez. Ambos han liderado una confrontación con la Comunidad Andina de Naciones (CAN), lo cual se manifestó en el retiro de Venezuela. La llegada al poder de Rafael Correa en el Ecuador, y la reciente aprobación de una Asamblea Nacional

Constituyente ha marcado el inicio de un cambio de orientación política en un país que se ha caracterizado por ser el más volátil e inestable en toda la región, con una fuerte incidencia de los movimientos indigenistas. El gobierno de Correa trajo consigo la renovación de las tensiones entre Ecuador y Colombia respecto a las fumigaciones de las plantaciones de hoja de coca, pues no valida este procedimiento y esta estrategia colombiana, liderada por los Estados Unidos en su lucha contra el narcotráfico. El presidente Rafael Correa anunció el retiro de la base de Manta en su territorio y, asimismo, se distanció del proceso de negociación del Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, el cual venía adelantando este país junto con Colombia y Perú. Ya la semana pasada las Naciones Unidas se pronunciaron en contra de las fumigaciones en Ecuador sugiriendo, incluso, que Colombia deberá indemnizar a este país vecino por las negativas consecuencias de estas fumigaciones².

Sobre Ecuador y Colombia es preciso señalar que este vecino percibe al conflicto colombiano como una especie de “virus del que nadie quiere contagiarse”. De ello deriva la tesis de que es mejor no involucrarse en el asunto, en lo cual coincide la sociedad ecuatoriana. Simultáneamente, en Ecuador se reclama por una mayor presencia militar de Colombia en la frontera común (Montúfar, 2007). Se diría entonces que desde fines de los años noventa con la aprobación del Plan Colombia se ha dado una *militarización de la política ecuatoriana*³ respecto al conflicto colombiano, al punto que hay quienes sostienen que ello ha derivado en una “securitization” de las relaciones entre Ecuador, Colombia y los Estados Unidos (Andrade, 2004).

Hay quienes pensamos que, desafortunadamente, históricamente se ha percibido a Ecuador como un “hermano menor en la región”, ya que en forma proporcional el intercambio económico con ellos es muchísimo menor que con Venezuela. La persistencia

² El Tiempo, mayo 24/07.

³ Se observa una ausencia de cooperación de inteligencia en las fronteras.

en las fumigaciones con glifosato, a pesar de la oposición del gobierno de Álvaro Correa, así como las declaraciones del recién posesionado Canciller Fernando Araújo en Colombia⁴ resultaron hechos desafortunados que generaron un clima adverso en las relaciones bilaterales. Claro, ya en el año 2002 hubo varios hechos que habían enrarecido las relaciones. Se trató de varios informes presentados por el alto mando de las Fuerzas Armadas colombianas en los que se aseveraba que Ecuador era una fuente fundamental para el abastecimiento de armas de las guerrillas colombianas. Incluso, el presidente colombiano Álvaro Uribe declaró en el 2004 que las guerrillas de las FARC habían utilizado en un ataque en Bogotá, un cohete del Ejército ecuatoriano —aunque luego se retractó— (Andrade, 2004). Para completar el cuadro, la balanza comercial con Colombia en el 2004 fue negativa para Ecuador (981 millones de dólares) y en el 2005, aunque bajó, también fue negativa en 886 millones de dólares. No obstante los deseos de alejarse de nuestro conflicto, la guerrilla de las FARC utilizan el territorio de la frontera ecuatoriana para establecer algunos de sus campamentos.

Para terminar, se observa que la inestabilidad política de Ecuador ha incidido negativamente en las relaciones bilaterales, pues ante los frecuentes cambios presidenciales en el vecino país se alteraban los precarios avances en la cooperación militar bilateral. Obsérvese, por ejemplo, las ambivalentes posturas del presidente Noboa, quien apoyó la base de Manta y las políticas de los Estados Unidos en su país y, simultáneamente, intentó mantenerse “neutral” ante el conflicto colombiano. Luego vendría Lucio Gutiérrez, en cuyo gobierno las Fuerzas Armadas ecuatorianas mantuvieron su postura de no participar en ninguna medida de fuerzas multilaterales que se involucrasen en el conflicto colombiano. Incluso, se abstuvo de declarar como organizaciones terroristas a las guerrillas colombianas, postura que mantiene el actual presidente Correa (Andrade, 2004). Uno de los más graves incidentes con el vecino país —antes del ocu-

⁴ El Canciller afirmó ante la prensa que tenía la percepción de sentir por parte de Ecuador sólo hechos hostiles para Colombia.

rido por las fumigaciones— se gestó en enero de 2006 cuando el Ejército colombiano traspasó la frontera ecuatoriana para perseguir a unos guerrilleros de las FARC. Este episodio condujo a una serie de notas diplomáticas y el deterioro de las relaciones. Todas las dificultades bilaterales han conducido, incluso, a la manifestación de un sentimiento de xenofobia contra los colombianos en Ecuador, dado el creciente número de emigrantes (Pardo, 2006).

En Venezuela el presidente Hugo Chávez avanza en su meta de ejercer un creciente liderazgo en toda región, en vista de lo cual ha establecido estratégicas alianzas con gobiernos como el de Néstor Kirchner, de Argentina, entre otros⁵. Chávez se ha radicalizado más en los últimos años, y ha adoptado un discurso confrontacional frente al gobierno de George W. Bush, incorporando lo que él denomina *socialismo del siglo XXI*, que incluye características bastante clásicas, como la consolidación de un partido único, reformas en la tenencia de la tierra, así como la transformación del sistema político, del sistema de producción, de las relaciones de propiedad, implementando lo que ellos llaman la justicia distributiva, respetando los derechos de la propiedad privada (Reyes, 2006). Asimismo, Chávez “trasnocha” más a la Casa Blanca pues pareciera que cada vez identifica más su Revolución Bolivariana con la disminución de la esfera de influencia norteamericana en el hemisferio occidental, para lo cual está intentando constituir una fuerte alianza con La Habana, Damasco, Luanda y otros actores “poco amigables” (Roett, 2006).

Colombia, quizás el país institucionalmente más estable en la región (Gutiérrez, 2007), ha pasado por procesos que constituyen cambios frente a sus formas tradicionales de política desde el estilo personalista y desinstitucionalizador del presidente Álvaro Uribe, quien, incluso, lideró una reforma constitucional para permanecer en el poder por más de un período. Este país es considerado por algunos como un referente desestabilizador para la región andina,

⁵ La Alianza de la Prensa Latinoamericana (GDA) publicó en 20 de mayo de 2007 un completo informe sobre la presencia del chavismo en el continente.

dado que su conflicto armado interno traspasa sus fronteras y, además, la ayuda militar norteamericana en la lucha contra el narcotráfico suscita prevención y desacuerdo por parte de algunos gobiernos vecinos —Venezuela y Ecuador (Hernández, 2004).

Según el investigador Vicente Torrijos, Colombia se ha convertido en una paradoja de las relaciones internacionales, al ser “simultáneamente en América el país más amenazante, por causa de la producción de la droga, el poder de la insurgencia, el crimen organizado y la corrupción estatal, y asimismo el más amenazado”, no sólo por la hostilidad percibida en los últimos años de gobiernos como el peruano, el venezolano, el ecuatoriano o el nicaragüense, sino “por la constante alusión a una posible intervención militar, directa o indirecta promovida por Estados los Unidos” (Torrijos, 2000).

Es un hecho conocido por todos que ante el recrudecimiento de los enfrentamientos armados internos en Colombia, y su traslado a las zonas fronterizas, los gobiernos vecinos usualmente responden, en respuesta, militarizar estas regiones neurálgicas. De hecho, el veto que se impuso en su momento al traspaso de los transportadores colombianos a las fronteras venezolanas en años recientes; el cierre nocturno de la frontera colombo-ecuatoriana, a la altura del puente Rumichaca; la exigencia del pasado judicial a los colombianos que ingresen a Ecuador, fueron consecuencias directas de las prevenciones externas ante el conflicto de Colombia. El aumento gradual de la ayuda y la presencia militar norteamericana en Colombia⁶ conspira en contra de las relaciones actuales del país con su vecindario. Al histórico *círculo de seguridad e inseguridad* alrededor de Colombia y sus vecinos (Brasil, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela), motivado por problemáticas tan complejas como el narcotráfico, las guerrillas, el tráfico de armas, la inestabilidad económica, las migraciones, la inestabilidad institucional, los

⁶ Hecho que nos coloca en la categoría de mayores receptores de ayuda militar en América Latina y el Caribe juntos. Hoy día somos el quinto país que más recibe ayuda militar y policiva de Washington.

movimientos agrarios o indigenistas contestatarios, la polarización política (Sánchez, 2005), se añaden hoy los cambios políticos en los Andes, los cuales convierten al país en epicentro de las tensiones entre Washington y la región.

Un hecho singular es que hoy día las relaciones entre Colombia y Venezuela tienen un nuevo ingrediente. A las históricas contradicciones limítrofes se han ido agregando nuevos factores que las hacen cada vez más complejas. Es así como hoy, además del *enguerrillamiento*, se añade que no sólo Colombia y su conflicto aparecen como una amenaza para Caracas sino que, simultáneamente, el régimen chavista se está convirtiendo en un “riesgo desestabilizador” para el gobierno colombiano e, incluso, según algunos, para toda América Latina, dado su creciente poder de influencia. En la primera quincena del mes de mayo, por ejemplo, el gobierno colombiano expulsó a un congresista y a un rector universitario venezolano por proselitismo político e intervención en los asuntos de la política interna colombiana en la localidad de Baranoa, Atlántico. A juicio del historiador Eduardo Posada, todo parece indicar que hoy con Chávez pareciera que Venezuela está empeñada en propender por una “diplomacia paralela con los pueblos, con la sociedad civil, con las organizaciones no gubernamentales” (Posada, 2007b).

Además, es menester recordar que para Chávez el conflicto con los Estados Unidos es el centro de su discurso hacia América Latina. Su plan de crear un Acuerdo de Libre Comercio del Sur, el ALBA, busca plantearse como una alternativa al modelo que liderado por Estados Unidos buscó la formación de un área de libre comercio “desde Alaska hasta la Patagonia”, que estaba centrado alrededor del ingreso al mercado estadounidense. La negociación de los distintos TLC bilaterales ha sido la alternativa creada al fracasar el ALCA. De hecho, cuando Estados Unidos decide negociar los acuerdos con los países andinos el único que dejó por fuera fue a Venezuela. En este contexto de tensiones entre Venezuela y Estados Unidos, las perspectivas para Colombia no dejarán de presentar riesgos significativos. Estados Unidos esperará apoyo de Colombia,

en un eventual conflicto con el vecino país, y esto no vendrá sin costos para Colombia y la de por sí delicada relación bilateral que ya ha pasado por momentos de crisis en tiempos recientes (Godoy, 2006).

PRIORIDADES DE LA AGENDA COLOMBIANA

Nuestro país también le ha apostado al libre comercio con los Estados Unidos. Sin embargo, se olvida que la política exterior norteamericana, desde sus orígenes, se basa en el principio del “interés nacional” de esta nación y, por tanto, ninguna negociación estará por fuera de esta directriz. Como lo anota acertadamente el historiador colombiano Apolinar Díaz-Callejas, resulta desafortunado que algunos países andinos, inscritos en la esfera de influencia norteamericana, “no sustentan sus políticas externas y de comercio en el mismo principio de su propio interés nacional, sino que actúan en virtud de la obediencia a los dictados de las políticas de Washington” (Díaz-Callejas, 2001). En el mismo sentido, el investigador colombiano Germán Umaña comenta que para el caso colombiano preocupa la ausencia de libertad en lo político, pues es tan alto el grado de cooperación norteamericana con el actual gobierno en su estrategia de Seguridad Democrática, que ello, indudablemente, ha pesado mucho en las negociaciones del país con Washington, a instancias del Tratado de Libre Comercio. Si el gobierno colombiano aspira defender los intereses del país, estas aspiraciones podrían colocar “en peligro la cooperación, el Plan Colombia y la Seguridad Democrática”⁷. No olvidemos que Colombia, al igual que los demás países de América Latina, ingresó a la era de la internacionalización de los años ochenta bajo presión y las condiciones de ajuste y liberalización impuestas por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial. Por tanto, la internacionalización entonces “fue impuesta desde arriba, por

⁷ *El Tiempo*, mayo 17 de 2004.

los Estados Unidos, y dejó las economías nacionales gravemente expuestas a los capitales rapaces” (Tokatlián, 1992).

Por su parte, a juicio del ex embajador de Colombia en Washington, Luis Alberto Moreno –hoy presidente del BID–, la meta del TLC con los Estados Unidos es la mejor opción “dada la volatilidad del comercio con nuestros vecinos”. Añade, asimismo, que la experiencia de los países signatarios de tratados de libre comercio con los Estados Unidos ha sido que “sus exportaciones han crecido sustancialmente”. Para ello, citaba los casos de Chile y México, y mencionó que, para el primer caso, sus exportaciones aumentaron en un 176% desde cuando entró en vigencia el TLC⁸. Esta visión del TLC como la panacea que sacará a los colombianos de la pobreza ha recibido numerosas críticas porque, al igual que en México a comienzos de los años noventa, está generando expectativas desmedidas sobre sus bondades. No obstante, no se le dice al país que estamos sumamente rezagados y que la llamada agenda interna que pretende propiciar altas inversiones en infraestructura demandará muchos años e inversiones que aún no han sido garantizadas. Tampoco se comenta que un Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos será algo más de una prolongación indefinida del ATPDEA, pues a futuro tendrá que haber *concesiones de doble vía*, ya que a cambio de abrir sus mercados a los productos y bienes colombianos, los Estados Unidos demandarán políticas recíprocas (González, 2005). Si bien Estados Unidos es el principal destino de las exportaciones colombianas, son relativamente muy pocos los productos que han logrado llegar a este mercado. Es así como entre 1998 y 2002 sólo once productos representaron el 80% del total de las exportaciones a este país, de los cuales sólo cinco poseen preferencias arancelarias (Planeación, 2004). Colombia también deberá cumplir con los estándares de la llamada *producción verde* (que cumple normas ambientales) para tener acceso al mercado norteamericano y otorgar un tratamiento

⁸ Revista *Dinero*, septiembre 14 de 2003.

más justo a los sectores sindicales del país, lo cual estará en la mira de los sectores demócratas de los Estados Unidos. Finalmente, cabe señalar que ha habido demasiada prisa por llegar al final de la firma del TLC. Pareciera con esto que deseamos tanto *subirnos al tren del progreso*, que olvidamos preguntar finalmente cuál será la ruta que tomará este y cuál el precio que pagaremos por este boleto (González, 2006).

Un análisis de los eventos más recientes en busca de la resolución del conflicto permite apreciar cómo en 1998 se eligió en Colombia a un mandatario que prometía la paz por medio del diálogo y la concertación; y luego, en contraste, ante el estrepitoso fracaso del proceso de paz liderado por el presidente Andrés Pastrana, el pueblo colombiano optó en el año 2002 por un candidato que también prometía alcanzar la paz, pero a través de la guerra. Todo ello en lo que expertos como Rubén Sánchez denominarían con acierto “una lógica perversa”, que entraña hacer la paz porque no se puede hacer la guerra, o hacer, en contraste, la guerra porque no hay las condiciones para hacer la paz (Sánchez, 1997). No obstante, pese al altísimo grado de popularidad del presidente Álvaro Uribe, reelegido en el 2006, y al respaldo a su programa de *Defensa y Seguridad*, también se sabe que el apoyo a una salida de fuerza implica un altísimo costo, pues la guerra conspira contra la estabilidad económica del país y, además, no es propiamente el mejor atractivo para la inversión extranjera, factor que podría ser muy importante para sortear de mejor manera la crisis de la economía y de las finanzas públicas. Luego de cinco años de gobierno, se comienza a observar el desgaste de una política que a la larga ha tenido precarios resultados, pues además de no haber capturado a ningún miembro del Secretariado de las FARC, en el tema del narcotráfico los resultados son muy relativos; luego de invertir un alto esfuerzo en fumigar 100.000 hectáreas de cultivos de coca y afectar el ecosistema de las zonas sometidas a ese procedimiento, se observa que en la misma medida que se destruyen, surgen nuevos cultivos o se trasladan de lugar (Tokatlián, 1997). No se puede esperar nada distinto para unos campesinos a los que el Estado no

brinda salidas distintas ni tampoco favorece con una reforma agraria que ha sido postergada indefinidamente (Díaz-Callejas, 2002).

Hoy día los escándalos de la llamada parapolítica han puesto en tela de juicio la legitimidad de la democracia colombiana, pues la mayor parte de los investigados han resultado ser aliados cercanos a la administración Uribe. Estos hechos, por supuesto, generan desconfianza en la comunidad internacional. Ya es un lugar común que medios tan importantes como el *Washington Post* o *The Economist* se refieran a los acontecimientos que apuntan al desgaste del gobierno colombiano. Claro, lo anterior no significa que no tengamos una democracia o hayamos llegado a convertirnos en un “Estado colapsado” (Pizarro, 2006). Tampoco que sea justo el estigma que pesa sobre el país, de que somos una nación violenta e intolerante en la que todos se matan a diario con todos (Posada, 2006).

Reiteramos entonces que la singular *luna de miel* entre los gobiernos de George Bush y Álvaro Uribe dificulta las opciones para una verdadera integración regional andina, pues, obviamente, el panorama político en la zona ha cambiado y seguirá cambiando con los gobiernos de Hugo Chávez en Venezuela, Evo Morales en Bolivia o Álvaro Correa en Ecuador. Asimismo, el triunfo de Alán García en Perú acercó a esta nación con Colombia y, simultáneamente, aleja más al país con el resto de países andinos. No son casuales, por tanto, el apoyo de Colombia –caso único en Sudamérica– a la incursión norteamericana contra Irak, ni las frecuentes visitas al país de altos funcionarios de la Casa Blanca. La persistencia del gobierno colombiano en la apuesta a la guerra se inscribe en la llamada lucha contra el terrorismo, inspirada en la mirada de Washington, a lo cual se añade la apuesta a la *norteamericanización de la guerra contra las drogas*, es decir, aquella que transfiera “los mayores costos de la misma a los países productores/procesadores/traficantes que son los que, en realidad, padecen las consecuencias más desfavorables de la demanda de estupefacientes en los epicentros de consumo de Estados Unidos” (Tokatlián, 1997). Todas estas políticas de la “securitización” pareciera han conducido

a que en el país se pospongan, por ahora, las Metas del Milenio acordadas con la ONU, lo cual supondría un gran esfuerzo para lograr una reducción drástica de la pobreza. En su defecto, las metas son incrementar la ofensiva interna contra las guerrillas, invertir millones de dólares para fortalecer el aparato militar y proseguir las fumigaciones a los cultivos de coca, todo ello con el irrestricto apoyo de la Casa Blanca. Hoy el *Plan Patriota* ha sido reemplazado por el *Plan Victoria*, el cual se propone, entre otras cosas, capturar a cabecillas de la guerrilla.

CONCLUSIONES

En síntesis, podría decirse que mientras en los próximos años se persista en la opción de la vía armada como el mejor camino para resolver el conflicto, y paralelamente con una muy estrecha relación con los Estados Unidos⁹, será muy difícil avanzar en una verdadera integración andina. Al mismo tiempo, mientras subsista el conflicto, seguiremos siendo mirados con sospecha por nuestros vecinos, pues la violencia en el país trasciende las fronteras. El panorama de la paz en Colombia es incierto, con un escenario difuso ante el cual debemos estar preparados para asumir que todavía nos falta un largo camino por transitar, lleno de obstáculos y desafíos para sortear. No obstante, confiamos en que la finalización del conflicto interno armado sigue siendo una opción posible, y el proyecto de construir un nuevo orden social, un reto viable para el futuro. La integración andina seguirá por lo menos en la agenda de la sociedad civil, independientemente de la voluntad de quienes manejen los asuntos de la política internacional en la región. Sólo la unión podrá permitirnos alcanzar un mayor margen de autonomía en el manejo de nuestros propios asuntos y el alcance de políticas menos injustas para la zona.

⁹ Según Arlene Tickner, el modelo actual de Colombia en sus relaciones con los Estados Unidos es de una intervención por invitación.

Hoy día se está avanzando en la idea de una denominada “integración alternativa”, es decir, una integración que vaya mucho más allá del campo económico o político y, en su defecto, permita una verdadera articulación entre los pueblos del continente. Esta propuesta hace una distinción entre la “integración genuina” y la “integración hegemónica”: La primera no dependería ya tan sólo de la voluntad de los gobernantes sino del papel que en ella puedan jugar los ciudadanos, las organizaciones no gubernamentales y la comunidad internacional. Los partidarios del nuevo tipo de integración suramericana argumentan que esta debe superar los esquemas del MERCOSUR y la Comunidad Andina de Naciones (CAN) por las limitaciones propias de estos modelos concebidos por los Estados “desde arriba”, sin tomar en consideración las necesidades de los grupos más excluidos de la población (Dello Buono, 2006).

Según el informe del Banco Mundial “Desigualdad en América Latina y el Caribe. Ruptura con la historia”, América Latina es la región que posee el más alto rango de desigualdad representada no exclusivamente en el ingreso per cápita, sino asimismo en el acceso a servicios, tales como educación, telefonía o salud. De esta forma, la concentración de la renta se ilustra “en el hecho de que el 5% más rico percibe 25% de la renta nacional, mientras que uno de cada tres latinoamericanos vive con menos de dos dólares diarios” (Ruiz, 2006).

Nos preguntamos ahora, ¿cuál será el futuro de la integración de América Latina y de los países andinos en particular? Se sabe que las dimensiones de la región, las diversidades y similitud de intereses en muchos casos han hecho difícil los esquemas integracionistas. Hoy día la región andina suma un 13% del PIB latinoamericano y, simultáneamente, su población asciende al 22% del total y sólo recibe el 10% de las inversiones estadounidenses (Bonilla, 2006). ¿Sobre qué esquemas deberá repensarse la integración para convertirla en un instrumento que dé fortalezas a América Latina en sus procesos de apertura global? Primero habrá que “poner en orden la casa” para que la región andina pueda proyectarse de mejor forma ante la Unión Europea y a otros eventuales socios. Por lo pronto,

las relaciones con los Estados Unidos pasan por temas tan diversos como el narcotráfico, las políticas energéticas, las migraciones y regímenes políticos disímiles que van desde la izquierda hasta la derecha.

Ante este oscuro panorama, conviene recordar las palabras del actual mandatario brasilero Luis Ignacio Lula da Silva, quien afirma que en Latinoamérica hemos perdido el siglo XIX y el siglo XX, y por tanto, no podemos darnos el lujo de perder también el siglo XXI. Para el caso colombiano, el final del conflicto armado interno supondría unas mejores condiciones para el logro de una verdadera integración, no sólo con la región andina, sino también con el resto del continente .

REFERENCIAS

- ANDRADE, P. (2004, julio-diciembre). Percepciones hemisféricas sobre la crisis colombiana: el caso de Ecuador. En: *Colombia Internacional*, 60, Universidad de los Andes, Bogotá.
- ARDILA, M., CARDONA D. & TICKNER, A. (2002). *Prioridades de la política exterior colombiana*, Bogotá: Fescol.
- BEJARANO, J. (1995). *Una agenda para la paz. Aproximación desde la teoría de conflictos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- BONILLA, A. & PÁEZ, A. (2006, noviembre-diciembre). “Estados Unidos y la región Andina”, *Nueva Sociedad*, 206. Bs.As.
- CASTAÑEDA, J. (2006). Latin America’s Left Turn, *Foerign Affaire*, 85 (3), 5-6.
- DELLO BUONO, R. (2006). *Diálogo Sudamericano: Otra integración es posible*. Lima, Perú: Consejería de Proyectos.
- DÍAZ-CALLEJAS, A. (2002). *Colombia y la reforma agraria*. Bogotá: Universidad de Cartagena.
- DÍAZ-CALLEJAS, A. (2001). Estados Unidos contra el Pacto Andino. En: GONZÁLEZ ARANA, R. & CRISORIO C. (Eds.). *Integración en América Latina y el Caribe*. Barranquilla, Colombia: Ediciones Uninorte.
- GILHODES, P. (2002, mayo-junio). La política exterior de Colombia. En: BLANQUER JEAN, M. & GRAY MOLINA, G. El reto posneoliberal de Bolivia, *Nueva sociedad*, 209, Bs.As.

- GODOY, H. (2006, febrero). Vientos del Sur, *Informativo Un Norte*, Universidad del Norte, Año 4.
- GODOY, H. (2003). *Plan Colombia's strategic weakness*, paper presentado en LASA, Dallas.
- GROS, C. (Comp). *Las dos Colombias*. Bogotá: Norma.
- GONZÁLEZ, R. (2006). Política exterior colombiana. En: *Visión Colombia 2019. Capítulo Caribe. Propuesta para discusión*. Barranquilla, Colombia: Ediciones Uninorte.
- GONZÁLEZ ARANA, R. (2005). El Tratado de Libre Comercio entre Colombia y Estados Unidos: Opciones y retos. En: GÁLVEZ J. (Ed.) *Relaciones Internacionales aquí y ahora*. Barranquilla, Colombia: Ediciones Uninorte.
- GUTIÉRREZ, F. (2007). *¿Lo que el viento se llevó? Los partidos políticos y la democracia en Colombia*, Bogotá: Norma.
- HERNÁNDEZ, M. (2004). Colombia-Venezuela: de la integración al enguerrillamiento (1989-1999). Una perspectiva venezolana. En: Sánchez, G. & Lair, E. (2004) *Violencias y estrategias colectivas en la región andina. Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela*, Bogotá: Norma.
- MONTÚFAR, C. (2007, mayo). Colombia, desde la mira ecuatoriana. *Periódico Un* de la Universidad Nacional.
- OLIVA, C. & AYERBE L. (Eds.), (2006). *Los Estados Unidos, América Latina y el Caribe: los otros senderos del ALCA*. La Habana, Sao Paulo: Cultura Académica Editora.
- PLANEACIÓN NACIONAL (2004). Efectos de un acuerdo bilateral de libre comercio con Estados Unidos, *Documento 229*, Serie Archivos de Economía, Bogotá.
- PARDO, R. (2006). Un país problema en un mundo intervencionista. En Leal Buitrago, F. et. al. *La encrucijada. Colombia en el siglo XXI*. Bogotá: Norma.
- PIZARRO, E. (2006). *Una democracia asediada*. Bogotá: Norma.
- POSADA, E. (2007). Neopopulismo, ¿una estrategia electoral?, *Perspectiva*, 12, *Revista latinoamericana de política, economía y sociedad*, pp. 49-53.
- POSADA, E. (2007b). Latinoamérica en la era chavista, *El Tiempo*, junio 1/07.
- POSADA, E. (2006) *Una nación soñada*. Bogotá: Norma.
- RANGEL, A. (1998) *Colombia, guerra en el fin de siglo*. Bogotá: Tercer Mundo, Universidad de los Andes.

- REYES, O. (2006, november). El Socialismo del siglo XXI, *Stocholm Review of Latin American Studies*, Venezuelan Politics and society in times of Chavism, pp. 84-104.
- ROETT, R. (2006, noviembre-diciembre), Estados Unidos y América Latina: estado actual de las relaciones, *Revista Nueva Sociedad*, 206.
- RODRÍGUEZ, C. et al. (2006). *La nueva izquierda en América Latina. Sus orígenes y trayectoria futura*, Bogotá: Norma.
- RUIZ, A. En: DELLO BUONO, R. (2006). *Diálogo Sudamericano: Otra integración es posible*. Lima, Perú: Consejería de Proyectos
- RUSSELL, R. (2006, noviembre-diciembre). América Latina para los Estados Unidos: ¿especial, desdeñable, codiciada o perdida? *Revista Nueva Sociedad* 206.
- SÁNCHEZ, R. et al. (2005). Seguridades en construcción en América Latina, Tomo I. *El Círculo de Colombia, Brasil, Ecuador, Panamá, Perú y Venezuela*, Bogotá: CEPI, Universidad del Rosario.
- SÁNCHEZ, R. (1997). Perspectiva gubernamental de la negociación con la guerrilla colombiana. *Revista Políticas*, 6-7, Universidad del Valle.
- VARGAS, A. (2003). Nueva prospectiva para la paz de Colombia. *Revista Investigación & Desarrollo*, 11 (1).
- TOKATLIÁN, J. (1997). *En el límite. La (torpe) norteamericanización de la guerra contra las drogas*. Bogotá: Norma.
- TOKATLIÁN, J.G. & CARDONA, D. (1992, octubre-diciembre). El Grupo de los Tres y la política exterior de Colombia: ¿Alternativa o ilusión?, *Documentos Ocasionales*, CEI, Bogotá: Universidad de los Andes.
- TORRIJOS, V. (2000). La diplomacia centrifuga. Preámbulo a una política exterior de las regiones. *Revista Desafíos*, 2, Universidad del Rosario.